

Llegué a sentir arrollador el vértigo literario. Noches pasaron que mi imaginación desbordábase febrilmente, tejiendo trovas y pensamientos que pasaban luego a tinter el albor de las cuartillas. Comía poco. Soñaba mucho, deliraba hasta el paroxismo, imaginaba enormemente... Y escribía, escribía... No era ya el *sarapíen* clásico de todos los novicios, no; aquello era una calentura morbosa que me embriagaba, que me aniquilaba vorazmente.

Pero yo me sentía crecer en espíritu, y... me consideraba más poeta que nunca...

¿Para qué mentar luego el rosario de contrariedades, de mortificaciones que a todo literato de fe resérvale el destino para juzgarlo? Editores soccos, estólidlos prebostes que pagan con desprecio méritos venerandos, cruzáronse con burda altanería por el espinoso camino del artista.

Y ahora; más piamente, con más aplomo, sin exaltaciones ni impacencias; ahora que escribo y siento y amo mucho, pero con menos fuego; ahora que cuatro libros por mí vividos no tardarán en ver la luz, y que ya no me hace temblar una mujer que cruce... ahora me siento más bajo, más empuqueñecido... ¡menos poeta que nunca...!

Gracias mil por vuestra atención, ¡valerosos adalides de PLUMAS NOVELES.

HIDALGUIS.

## CUENTO

# Mi amor

La cena tocó a su fin. Al finar ésta, con ella murieron los brindis y el charloteo un tanto picaresco de los comensales invitados a la fiesta de gala de la marquesa de X... El salón fué quedándose poco a poco desierto; todos los concurrentes a dicha fiesta, fuéronse retirando con sus correspondientes parejas, ya a la gran sala de baile o bien a los extensos e iluminados jardines de la casa, quizá por ver si el relente nocturno les despojaba del mareo producido por el vaporoso Champagne o bien para ahogar las penas que atormentan su alma, en la soledad de la noche.

Un joven de elegante porte y vestido con correcta elegancia, sentado indolentemente en uno de los bancos del paseo, hallábase arrobado en profundas meditaciones; de su sereno y noble rostro habíase apoderado la tristeza, mientras que sus negras pupilas vagaban inciertas por el inmenso terreno de su horizonte racional, ora para fijarse en una pareja de enamorados, que felices y en animada conversación atravesaban los paseos o bien en alguna joven frívola y sutil que hastiada de bailar paseaba delante de él y desaparecía en la penumbra que proyectaban los arbustos.

Una linda y gracil mariposa de los salones, una de esas jóvenes bellas y delicadas, fué a su lado posarse, haciéndole con su voz argentada y dulce, volver a la realidad de la vida, diciéndole:

—Andrés, ¿qué le pasa? ¡Oh! ¿qué tiene usted, que en su rostro se retrata una melancólica tristeza?

—¡Ah! ¿es usted Lia? —y con voz velada quizá por la emoción que sentía, prosiguió—no, no tengo nada, tan sólo bajé aquí para tomar un rato el fresco, a ver entre los espirales del humo azulado de mi cigarro, a la reina de la noche que emana sus plateados destellos e ilumina con trémula agitación la nocturna oscuridad.

Y una leve sonrisa, que más sonrisa fué una mueca horrible, salió de sus labios.

—¡Oh, no! —respondió ella— a qué fingir Andrés, a qué querer engañarme a mí que soy su íntima amiga, que le conozco desde pequeño y sobre todo a qué tratar de dar a entender lo que no es cierto cuando en su faz, pintada lleva usted la enseñanza de su dolor (Y con voz queda y armoniosa, añadió): Abra usted el pecho a su mejor amiga, cuénteme lo que le pasa.

—Sí, tiene usted razón Lia, gracias a Dios, ya he encontrado un alma caritativa que me compadezca y me comprenda; si Lia, va usted a oír mis dolores hasta los secretos más profundos que en él se encuentren.

Y después de una breve pausa, continuó en esta forma:

A raíz de terminados mis estudios, los condes de B. organizaron una fiesta con motivo de la onomástica de la condesa; en uno de los días en que se celebraba una jira campestre a la cual asistimos ambos; vi una joven de 17 a 18 años, de regular estatura, simpática belleza, talle esbelto y gentil, de ojos vivos y habladores, de faz simpática, terminada por una linda cabellera que rizada caía sobre sus hombros haciendo que su hermosura resaltase más y más.

En el primer momento de ver aquella seductora imagen envuelta entre nube de gasas, lo confiesa aquella frívola criatura, causó en mi ánimo un efecto singular; al principio pareció serme muy antipática; me pareció tener uno de esos caracteres intransigentes y altivos; mas luego la dulzura de su voz, sus ademanes, su correcta elegancia, todo, contribuyó a que poco a poco, fuera obrándose en mí un completo cambio y me fué pareciendo por momentos mucho más simpática y mucho más bella, y por último, supo con sus miradas ardientes encender en mi pecho una pasión frenética, de esas que jamás se extinguen.

Aquí viene lo más penoso: recordará usted que la citada fiesta fué próximamente hace ocho o diez meses; bueno, pues desde esa fecha, he visto en los salones a esa encantadora belleza, muchas, muchísimas veces, y a usted le chocará

que latiendo mi corazón a impulsos del amor profundo que la profeso, no la haya dicho aún el sentimiento que domina mi alma.

—No, porque cuando usted no lo ha hecho, y sufre en silencio, motivos tendrá para ello.

—Sí, motivos y muy poderosos. Figúrese usted Lia, ya tiene un futuro marido a quien quiere y él la corresponde; cómo voy yo a hablar a esa mujer, cuando sé que su corazón es de otro y a mí no me podrá amar nunca.

—Comprendo sus reparos, pero y si no fuese verdad y a pocas palabras suyas ella accediese a lo que usted la propusiera ¿quién sabe si por celos?

—Por celos dice, no, no puede ser, cómo iba ella a hablar de él de... por darme celos a mí, a mí que no la he hablado nunca de amor; cómo iba a saber ella que la quiero, si no lo he dicho nunca a nadie.

—No, eso no, porque especialmente las miradas de los enamorados, son el fiel espejo del alma, puede que más elocuente que sus palabras y sus acciones.

—Esas palabras que usted pronuncia son como bálsamo misterioso, que alivian mi mal, pero yo quisiera ver a ese hombre, a él, que no lo conozco, nada más que por el nombre, y que sin verle, me es antipático, muy antipático.

—Andrés, una pregunta. En todo lo que hemos hablado no me ha dicho usted el nombre de su rival, del que ella adora, es una curiosidad ¿podría satisfacerla?

—¡Oh, no, no puedo decirselo! perdone usted Lia, pero no puedo y a usted menos, a usted que es... Y al pronunciar esa palabra se quedó como anonadado; ella bajó la cabeza y añadió en voz queda estas palabras: —«Me lo presumía».

La orquesta preludiaba en aquellos momentos un vals y Andrés, para terminar aquella situación embarazada para los dos, la dijo:

—Lia, si fuera usted tan amable que fuera mi pareja en este vals, se lo agradecería con toda mi alma.

Ella, por toda contestación, se levantó del asiento que ocupaba y tomando el brazo de Andrés, echó a andar. En silencio fueron hasta el salón, después bailaron, sí, pero por un vals muy soso le faltaba el aliño de la animada conversación que las parejas sostienen. Después de lo que habían hablado, creían haber llegado más allá de lo necesario y ninguno se atrevía a proferir palabra.

Terminado el vals, al dar quizá la última vuelta, del pecho de Lia se desprendió una flor; él la recogió para entregársela, pero ella no la admitió: «Guárdela usted» dijo, al par que le dirigía una prolongada e insinuante mirada, mientras con otras amigas desaparecía.

El se fué de nuevo al jardín para aspirar el aroma embriagante de aquella flor